

3 de abril de 2024 - Miércoles de la Octava de Pascua

[Hechos 3:1-10; Lucas 24:13-35](#)

Homilía

El evangelista Lucas relata tres apariciones de Jesús el día de Pascua: 1) a las mujeres, que fueron las primeras en tener el valor de acercarse al sepulcro por la mañana temprano; 2) a los dos discípulos que habían decidido volver a su pueblo y a su trabajo; 3) a los Doce que seguían paralizados por el miedo en el lugar donde se habían encerrado. Es la segunda de estas apariciones la que tenemos en nuestro texto de hoy.

El encuentro de los dos discípulos de Emaús ha inspirado a muchos artistas a lo largo de los siglos. Pero creo que la mayoría de las pinturas conocidas representan a Cristo en la mesa con los dos discípulos, en el comedor del hotel, y no en el camino. Personalmente, lo que más me ha fascinado siempre es su encuentro en la carretera.

En realidad, aunque lo que describe Lucas tiene ciertamente una base histórica, no le interesa describir con detalle ningún acontecimiento concreto. No hace falta mucha reflexión ni análisis para darse cuenta de que lo que Lucas está describiendo en este pasaje es la vida de la primera comunidad cristiana, que continúa con sus ocupaciones ordinarias tras la muerte y resurrección de Jesús, pero que sigue sintiendo su presencia: 1) a través del intercambio de la Palabra y la catequesis, 2) a través de la fracción del pan y 3) a través de la profesión de fe. Lucas no relata aquí un milagro de poder, sino un acontecimiento que deleita el espíritu y calienta el corazón.

Intentemos por un momento imaginar cómo se sentía la comunidad cristiana (representada aquí por los dos discípulos) tras la muerte de Jesús. La vida de Jesús había sido muy confusa para ellos. Había aparecido como un joven profeta con todos los signos del Mesías; había hablado como nadie; había ido haciendo el bien y obrando milagros; pero todo había sido por muy poco tiempo. Había sido condenado a muerte. Una frase de la historia expresa su decepción: "Pensamos que era él...".

En la vida de cada uno de nosotros ha habido ciertamente momentos en los que hemos tenido una experiencia vívida de la presencia de Cristo. La certeza absoluta de esta presencia nos ha dado la fuerza para comprometernos como cristianos, como miembros responsables de la Iglesia, como monjas o monjes. Y probablemente hubo otros momentos en los que ya nada parecía estar claro o seguro. ¿No

nos dieron ganas de decir en ese momento: "Pensamos que era él..."? Creíamos que hacíamos su voluntad, pensábamos que estaría con nosotros para siempre. Esperábamos experimentar su presencia una y otra vez. Y ahora es el tercer día, el tercer mes, el tercer año... Y si alguien nos pregunta por qué estamos tan tristes, podríamos responder: "Usted es el único aquí que no sabe que todo va mal... en la Iglesia, en el mundo, en mi comunidad, en mi vida"...

El Evangelio de hoy nos recuerda la importancia del recuerdo, que es la actitud cristiana fundamental ("Haz esto en memoria mía..."). Nos recuerda que siempre que, en un momento de duda y de prueba, tenemos el valor de decir: "Pensé que era Él"... siempre que, Él está ahí, caminando a nuestro lado en el camino, calentando nuestros corazones, abriendo nuestros ojos a la comprensión de las Escrituras -- no sólo la Biblia, sino también las Escrituras de nuestra existencia --, y conduciéndonos a compartir el pan con nuestros hermanos y hermanas, conduciéndonos a reconocerle en ese compartir

Somos los discípulos de Jesús... Todos estamos en el camino de Emaús. Nos contamos lo que pasó... o no pasó. Porque tenemos el valor de hacerlo, en memoria de él, está ahí en el camino, caminando a nuestro lado. Es uno de nosotros; es cada uno de nosotros. Es lo que cada uno de nosotros debe ser para el otro... "¿No arden nuestros corazones dentro de nosotros?"

Armand Veilleux